

## LA LARGA NOCHE DE LOS BASTONES BLANCOS

Javier Elorrieta, 1979

Javier Elorrieta es hijo del escritor y guionista José María Elorrieta (1921-1974), del que fue ayudante de dirección en varias ocasiones. Su debut como director ofrecía como principales alicientes (más allá de las expectativas propias de toda obra prima) la exposición del drama de la ceguera y la simbiosis de dos actores tan diferentes como Enrique San Francisco y José María Roderó (por cierto, en su último papel para el cine).

En la primera media hora, Elorrieta presenta al protagonista, Andrés, un joven de provincias que perdió la vista tras un accidente y que acude a la ciudad con la esperanza de una curación. Una serie de flashbacks bien dosificados y algún comentario oportuno perfilan el personaje y sus sentimientos. Para Andrés será decisivo conocer a Pablo, otro ciego, éste de nacimiento, de mucha más edad y desengañado del mundo de los videntes, que pondrá el contrapunto a su candidez. Otros personajes son Elvira, mujer de Pablo; don Rogelio, que acoge a Andrés a regañadientes; Marisol, su hija, y Laura, amiga de Marisol. Entre ellos, la historia de Andrés discurre más triste que alegre pero bajo el signo de la esperanza. Hasta que cómo no, la perfidia de una mujer lo lleva a perder su bastón, metáfora tan hábil como misógina. A partir de ahí, el relato cambia de registro y pasa del intimismo al thriller, del lenguaje contenido, que tan bien había funcionado, al efectista, en el que se malogra.

El intento de convertir la angustia de los invidentes en terror lleva a Elorrieta a exceder los límites de la razón, poniendo a los protagonistas en situaciones de nula verosimilitud. Sería prolijo exponerlas todas, pero ahí va un decálogo:

1) Pablo y Andrés suben a un convoy del Metro que está averiado y se dirige a las cocheras. Al advertir la equivocación, Pablo se queja de que la compañía sólo ponga carteles, pero no advertencias acústicas. No es verdad. Cualquier usuario del Metro sabe que este tipo de convoys son anunciados por megafonía varias veces antes de llegar a la estación, “¡Atención, atención! ¡El próximo tren no admite viajeros!”, y que efectúan su paso sin detenerse. Elorrieta falsea esta práctica negando el mensaje, deteniendo el convoy y abriendo sus puertas en una demostración obviamente improcedente. El propio Pablo se muestra perplejo: “El tren paró en nuestra estación, se abrieron las puertas, ¿para qué, si los vagones iban vacíos?”

2) Durante el viaje, Pablo nombra las estaciones por las que pasan, demostrando su conocimiento del itinerario. No podemos decir lo mismo de Elorrieta, que muestra una odisea caótica: han entrado en Chueca, estación de la línea 5, pero en el andén hay un cartel que anuncia la correspondencia con la línea 4 Argüelles-Alfonso XIII, luego no están en Chueca, sino en Bilbao, de la línea 1; tras recorrer dos estaciones sin detenerse, Pablo dice que han pasado por Iglesia y que a continuación “viene Bilbao”, luego han subido en Cuatro Caminos y viajan en dirección a Sol, camino de las cocheras del Puente de Vallecas. Este párrafo puede

parecer excesivamente quisquilloso, pero es que uno ya era usuario del Metro antes de tener uso de razón y lo que ve en la película le chirría.

3) Cuando Pablo deduce que son llevados a talleres o cocheras, grita y golpea, en lugar de tirar del botón del freno de alarma que hay en todos los vagones y cuya existencia debiera conocer. Si esto no se entiende, aún menos que, después de haber hecho ruido durante la marcha estrepitosa del tren, los ciegos permanecen quietos y silenciosos al finalizar el trayecto, cuando el tren se ha detenido y el conductor puede oírlos.

4) Para salir de su encierro, Andrés rompe el cristal de la ventanilla con el bastón de Pablo. ¿Tiene un bastón de ciego la consistencia suficiente para romper el doble cristal?

5) Una vez fuera del vagón, Pablo propone caminar hasta llegar a una estación. Aunque los ciegos siempre buscan el contacto con la pared, como estos dos han demostrado en ocasiones anteriores, Pablo y Andrés caminan entre las vías, corriendo el riesgo de ser arrollados por un tren. De hecho, un par de convoys les pasa rozando. Cualquiera de los conductores debería haberlos visto, pero ninguno. Mal thriller, por insostenible.

6) A pesar de haber comprobado el riesgo, los dos ciegos siguen caminando por el centro del túnel hasta que la confluencia de dos convoys, uno en dirección contraria al otro, les deja sin escapatoria. Pablo se deja caer y apoya un brazo sobre un raíl. Sin duda nota la dureza del metal pero no lo retira para provocar el escalofrío del público. Inesperadamente, Andrés actúa como si tuviera visión y empuja a Pablo a costa de sufrir él la embestida.

7) Con Andrés malherido, Pablo se adelanta en busca de ayuda. Por el eco de su bastón comprende que ha llegado a una estación. Recorre la distancia que lo separa del andén y trepa a él. Tampoco esta dificultad era necesaria. Todas las estaciones tienen escalones para comunicar el andén con el túnel. Si Pablo hubiera ido arrimado a la pared, se habría encontrado con ellos.

8) En la estación, Pablo vuelve a utilizar su bastón para romper un cristal, esta vez el de la cabina en cuyo interior suena un teléfono. Logra hablar con la policía, pero al ser preguntado por su ubicación se queda mudo y cuelga. Pablo sabe que partieron de la terminal de Vallecas. Este debería ser un buen punto de referencia. ¿Por qué su silencio?

9) La estación desde la que llama resulta ser Goya, de la línea 2, muy retirada de Vallecas. Inadmisibile. Para llegar allí tendrían que haber pasado por una docena de estaciones, incluido el cambio de línea.

10) Cierro el decálogo con una escena que no tiene nada que ver con el thriller subterráneo, pero es reseñable por los objetivos que persigue: mostrar el candor masculino frente a la perversidad femenina y premiar al espectador con el destape casi obligado en la década de los setenta. La protagonizan Andrés, el joven ciego y dos chicas modernas y atrevidas, es decir, sin sujetador bajo la blusa. Una de ellas, la más pérfida, propone un juego picarón: las dos besarán al ciego y él tendrá que saber quién lo besó primero. Por supuesto, para eso no hacía falta que

se despelotaran, pero lo hacen. El ciego no podía verlas, pero el espectador sí. Y es el que paga.

*La larga noche...* recibió varios premios, pero fue ignorada por crítica y público. Eso nunca anima y quizá fuera la razón de que Elorrieta dejara pasar ocho años antes de afrontar su segunda película, también nocturna: *La noche de la ira*, estrenada en 1986.

## REPARTO

Andrés .....	Enrique San Francisco
Pablo .....	José María Rodero
Elvira .....	Irene Gutiérrez Caba
Rogelio .....	Manuel Pereiro
Marisol .....	Virginia Mataix
Laura .....	Mireia Ros
Abuelo .....	Manuel Guitián
Jefe de estación .....	José Riesgo
Comisario .....	Alfonso Castizo
Conductor del Metro .....	Luis Ciges
Médico del depósito .....	José Larrea
Médico del hospital .....	Santiago Rivero